

UNA PROFECIA DEL MILENISMO

Eugenio Montejo

Contados poetas del presente siglo han despertado una admiración tan amplia y calificada como Fernando Pessoa. Es poco menos que unánime el reconocimiento que, en distintos idiomas y países, ha hecho de su obra una de las insoslayables de nuestro tiempo. La poesía de Pessoa se ha convertido en una de las predilecciones comunes del lector de hoy, del ortodoxo tanto como el disidente, como si su voz fuera de las más próximas a cierta identidad común que procuramos revelar. Y hay que decir que la obra de Pessoa ante la cual este interés originalmente se ha manifestado, la única que hasta hace poco estaba al alcance del público, es apenas una parte del caudal de manuscritos que aún no termina de editarse por completo. La indagación prosigue en nuestros días, y por lo que últimamente se ha publicado, mucho de ello indispensable en cuanto ilumina sus credos estéticos, sabemos ahora que un proyecto de supra-Camoens rigió su tentativa artística y se halla en la base de su pluralidad heteronímica. *Sé plural como el universo* es, entre los aforismos pessoanos, el que más peculiarmente define a su obra admirable. Tan ambicioso intento, tal como ahora podemos valorarlo, resulta aún mayor, pues tiene que ver con el advenimiento de un soñado Quinto Imperio portugués, de irradiación espiritual, y encarna una propuesta de reivindicación del paganismo que algunos ven inscrita, con aportes propios, en una empresa similar a la de Nietzsche.

Por lo que hace a nuestra lengua, corresponde a Octavio Paz, en un ensayo de 1961, pleno de perspicacia y simpatía, el primer trabajo meritorio sobre el poeta, al cual acompañó, además, de acertadas traducciones de su obra. Se trata de un estudio que, como el del francés Armand Guibert, no menos penetrante, se cuenta entre los que inicialmente reclamaron atención para una poesía poco difundida entonces. No habían aparecido todavía, como se sabe, títulos tan esenciales como *El libro del desasosiego de Bernardo Soares*, cuya compilación demoró cuarenta años, ni muchas de sus cartas y bosquejos críticos. Con el tiempo, la poesía del ilustre lusitano ha logrado en castellano una divulgación creciente por parte de incontables traductores. En fecha reciente, se debe a Angel Crespo, traductor de Dante y de los líricos portugueses y brasileños, un acercamiento provechoso al poeta de Lisboa. Crespo ha consagrado varios

años al estudio y traducción de su obra. Fruto de su minucioso empeño son también, como él aclara, las rectificaciones de enfoques que imponen las nuevas publicaciones, al punto que hoy considere como forzosamente provisional cualquier parecer que se pretenda definitivo, pues el arca que guarda sus originales no ha sido del todo dada a la luz.

Un Pessoa mayor, tanto como sus recientes ediciones nos muestran, puede decirse que ocupa ahora la atención de Occidente. Una voz central, o más bien una suma de voces, en la que confluyen las preocupaciones más determinantes de la lírica de nuestro siglo. Dejando a un lado los superlativos, signo siempre incómodo del estilo, cabe preguntarse: ¿detendrá esta obra en el futuro la misma unánime adhesión que hoy despierta entre sus más o menos cercanos coetáneos? Las preferencias de la posteridad son siempre inescrutables, y si nos atraen es porque no se dejan predecir. Digamos que habrá de detenerla en pareja medida que lo mejor del cubismo y del expresionismo, del jazz y de todo el gran arte surgido del convulso momento que ha marcado al clima espiritual de nuestra época. Como poeta central de nuestro siglo hay, pues, que aproximarse a este hombre muerto a los 47 años, hoy hace cincuenta, que escribió mucho y, no obstante contarse entre los elegidos, casi nada dejó publicado en volumen.

El intento de bosquejar someramente los rasgos principales de su obra, los que manifiestan el poder sugestivo que la singulariza entre sus contemporáneos, no es tarea fácil, ni accesible en el marco de una breve nota. Pessoa es un espejo nítido pero múltiple, un espejo que, a su manera, desde muchas perspectivas nos rehace. Nunca sabremos verlo tampoco a él enteramente. De Pessoa, lo primero es lo plural; el raro ejercicio, o ya no tan raro gracias al influjo de la estética despersonalizadora, de hablar de muchos hablando de uno solo. Hablemos, pues, antes que todo, de esta pluralidad, de esta serie de máscaras, de personas, de pessoas. El poeta y crítico inglés Michael Hamburger ha afirmado que la verdad de la poesía es la verdad de sus máscaras; y ello lo dice, precisamente, en un libro que lleva por título *The truth of poetry*.

El arte de Pessoa fundamenta mucho de su atractivo en el hallazgo de una escritura oblicua, que encuentra en él —sin ser el único ni tampoco el iniciador— a un paradigma inigualado. A través de sus autores apócrifos, o heterónimos, como él los llama, sus poemas se diversifican con rasgos enteramente inconfundibles, distintos unos de otros, y que difieren asimismo de los que Pessoa firma con su verdadero nombre, como difieren sus reales o imaginarias biografías. También Antonio Machado con su memorable *Juan de Mairena* y demás poetas apócrifos, como Paul Valéry con su *Monsieur Teste*, prestaron su voz a personalidades complementarias, a entidades psíquicas autónomas, capaces de sobrepasar la unidad a menudo tan conflictiva de la persona, o como Pessoa mismo dice, el dogma de la personalidad. Se sabe que el recurso de las personalidades múltiples fue uno de los rasgos más definitivos introducidos por los pioneros de lo que hoy llamamos la modernidad. T.S. Eliot y Ezra Pound, poetas contemporáneos de nuestro autor, fueron teóricos y practicantes de esa estética. El *J. Alfred Prufrock* de Eliot, por ejemplo, esa *funny mask*, ¿no reúne en plenitud, a su manera, el carácter de un heterónimo? Ocurre, no obstante, que el grado de autonomía conquistado por Pessoa en sus distintas voces logra una intensidad tan diferenciada, tan propia, que nos lleva a privilegiarlas entre todas las creadas hasta el presente. Los poemas de los heterónimos Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Alvaro de Campos, no arraigan en un *trait de style*, ni tienen la cómoda distancia del desdoblamiento gratuito. Su convincente autonomía les viene del padecimiento con que Pessoa los alberga dentro de sí, con una vecindad que desafía lo anómalo, hasta darles expresión. “Cuando más sufro es cuando no estoy en armonía”, dice Ungaretti en uno de sus mejores poemas, ilustrándonos el desgarramiento de la conciencia escindida.

La pluralidad heteronímica, sin embargo, con ser tan sugestiva, fundamenta buena parte del caso Pessoa, pero sólo parcialmente puede explicarnos la vigente modernidad que le reconocemos. Las “personas poéticas”, como tales, requieren algo más que autonomía despersonalizada para que admitamos su actuante presencia en el ámbito lírico. ¿Qué sería de Prufrock sin su música, de Mairena sin su humor y su estilo? Hay que decir que Caeiro con su credo pagano, próximo también al taoísmo, Campos con su énfasis whitmaniano, como los otros, como el mismo Pessoa, encarnan por separado grandes voces poéticas, suficientes cada una de ellas para garantizarles perennidad a sus nombres. “Todos sus textos —según observa Paz— fueron escritos por necesidad. Y ésto, la

fatalidad, es lo que distingue a un escritor auténtico de uno que simplemente tiene talento”. Que todos hayan sido la creación de un soñador solitario, preocupado de tantos hasta casi olvidarse de sí mismo, traductor a destajo y bebedor de vino, es lo que en definitiva torna su empresa especialmente fascinante.

Toda esta obra multiforme, confiada a una variedad que desconcierta, aparece regida por una sola misión, que se hace patente a través de sus distintas máscaras y se sirve de ellas para adelantar su cometido. En Reis, en Caeiro, en Campos, por encima de sus antagonismos y coincidencias, sus diálogos hostiles o cordiales, pervive un sentido de la existencia al que cada uno sirve tanto como puede, y cuya realización ostenta la clave de sus destinos y, en última instancia, del destino de Fernando Pessoa como creador. ¿Cuál es éste? Dejemos que el propio poeta nos lo diga: “la conciencia cada vez mayor de la terrible y religiosa misión que todo hombre de genio recibe de Dios con su genio”. Y añade: “Poco a poco, pero con seguridad, en el divino cumplimiento íntimo de una evolución cuyos fines me son ocultos, he venido irguiendo mis propios propósitos y ambiciones a mayor altura” (Carta a Cortés Rodríguez, citada por Angel Crespo). Vemos que en estas palabras, escritas a propósito de la revista *Orpheu*, un único yo asume el propósito de su destino, que es también el de todos los demás. A la luz de tal declaración, comprobamos que los heterónimos vienen a ser como peldaños para el ascenso de esa altura a que se sabe predestinado. El Pessoa ocultista —un rasgo que lo acerca a W.B. Yeats, aunque de éste denigre Alvaro de Campos— revela así una coherencia que gobierna toda su búsqueda artística. El mismo que pensó una vez establecerse como astrólogo, el que, contra Nietzsche, afirma que “los dioses no han muerto; no se han ido, hemos dejado de verlos”, nos sorprende al mostrarse, en muchas de sus páginas, a un tiempo muy antiguo y muy moderno. Recordemos que también Gottfried Benn, lírico expresionista de raíces nietzscheanas, en sus últimos días prefirió decir, en vez de “Dios ha muerto”, “Dios está oscuro y alejado”.

A los cincuenta años de su muerte, si calibramos la valía de los juicios que lo consagran, no es atrevido suponer que el nombre de Pessoa, los nombres de Pessoa, contarán para el arte venidero. Tiene en común con algunos grandes poetas contemporáneos, como Cavafy, Apollinaire, Ungaretti, su condición de trasplantados en otra lengua y en otra cultura, un trasplante que los hizo tempranamente bilingües y les proporcionó luces inéditas para reconocer sus horizontes. En cuanto a él, no será el

inglés, que aprendiera en Durban, su lengua definitiva, pese a ser ingleses sus primeros libros. Sus heterónimos van a hablarnos la lengua crecida a la vera del Tajo, que es la lengua elegida para crear-nos su *drama em gente*. No sin orgullo proclama alguna vez que, entre las lenguas neolatinas, “es la portuguesa la más rica y compleja”. De cierto que el rumano Blaga, el catalán Espriu, el italiano Saba, nuestro Vallejo, cortesés condescenderían con tal afirmación, porque no hay poeta que no precise creer respecto a su propia lengua una verdad semejante.

¿Qué clave secreta posee esta obra tan sugestiva que nos hace verla anticipadamente como privilegiada por el futuro? Voy a concluir tratando de proponer una posible respuesta a esta difícilísima pregunta. Volveré para ello a Octavio Paz y, especialmente, a uno de sus últimos ensayos sobre la lírica contemporánea, *Los hijos del limo*. En esta obra Paz sagazmente ha advertido que a mediados del presente siglo, sobre todo después de Hiroshima, de Auschwitz, se insinúa un cambio de rumbos estéticos que cada vez se torna más evidente aunque permanezca aún informulado. Es lo que algunos críticos han denominado la *posvanguardia*, un término que Paz acoge con cierta reserva, advirtiéndonos que resulta inexacto. A partir de entonces, viene a decirnos, algo concluye y algo nace: “No digo que vivimos el fin del arte: vivimos el fin de la idea de arte moderno”. Notemos que la influencia decisiva de Pessoa principia también a mediados de siglo. Tal vez el nombre de *posvanguardia*, pese a haberse extendido, no logre ser en definitiva el cognomento de la nueva tendencia. Hace poco el escritor polaco Jan Kott, en una entrevista de prensa, lo ha rechazado arguyendo que le recuerda a post mortem. Los calificativos de los movimientos artísticos, como sabemos, son a menudo obra de la casualidad, cuando no del desprecio. Antes de contestar la pregunta que me he formulado, no quiero dejar de referirme a los quince años que faltan para que comience un nuevo siglo y, algo mayor todavía, un nuevo milenio. La historia nos enseña que un acontecimiento semejante no ocurre sin dejar huella profunda, de acentuada significación consciente e inconsciente entre quienes les es dable vivir tal momento. Recordemos por un instante el crucial *año mil* y sus repercusiones en la religión y el arte de aquel tiempo. Por ello es posible que la palabra milenio —me aventuro modestamente a suponerlo— de algún modo se vincule al arte nuevo. Es posible que el *milenismo* sea el arte del porvenir. La línea recta de Mondrian, cuya rigidez domina la arquitectura moderna, probablemente ceda ante la búsqueda de más sensuales geometrías. El signo intelectual y

masculino que gobierna a buena parte del arte actual, tal vez retroceda frente a otras proposiciones de la hora nueva. El mito de la velocidad, en fin acaso ya no nos tienta demasiado, y el automóvil, esa incómoda armadura con que se viste el hombre de hoy, se aleje y nos devuelva la ciudad que nos ha arrebatado. Pues bien, el arte de Fernando Pessoa encarna, a mi ver, una clara profecía de la *posvanguardia*, del *milenismo* o como en definitiva se designe el movimiento naciente, y ello cabalmente nos explica su activa y necesaria presencia en el mundo literario contemporáneo. Tal vez como Hamlet, como Fausto, el tipo Caeiro, el tipo Campos lleguen a ser entidades en que el hombre del porvenir pueda reconocerse.

Sé que esta conclusión tiene algo de horóscopo literario, y tampoco poseo dones de horoscopista que puedan acreditarle ninguna fe. Se trata, sin embargo, de un horóscopo que no toma tanto en cuenta la fecha y hora del nacimiento de nuestro autor ni la posición de los astros en ese preciso momento, sino la fecha de su muerte, los cincuenta años transcurridos desde entonces y, sobre todo, la posición estelar de sus obras en el horizonte artístico de nuestro tiempo.

Diciembre de 1985.

Caballero, Luis (1943 -)
Pintor colombiano, dibujante y grabador.



Dibujo. Tinta sobre papel